

escena aquella produccion que era un manifiesto de guerra contra ellos, y que exponia ante el público todos los abusos cuya revelacion estaba prohibida á la imprenta, exagerados por la sátira y puestos en relieve por la viveza de la representacion, poniendo de manifiesto abusos, que la corte no se creía todavía en estado de suprimir. El pueblo acudió en tropel al teatro. El autor mismo se quedó admirado del efecto que habia producido aquel drama. De la boca de un noble salieron las palabras siguientes:

« Tengo presente la primera vez que tuve la honra de llevar mi señora madre al teatro frances. Fueron menester altas protecciones para conseguir un palco, y fuimos bastante temprano. Sin embargo, fué la primera vez que mi señora madre tuvo que aguardar. Cuando entramos, estaba ya la sala llena como un huevo. Era general la expectation, y en todos los semblantes se leía una curiosa atencion, y hasta se decia que no faltaba quien, para poder contar de seguro con su asiento, habia pasado la noche en los palcos; y me parecia verle despertado de sobresalto por la gente, aun atontado por el primer sueño.

» Tenia mi señora madre la costumbre de ser impasible; deber sagrado, deber de ceremonia; y aguantó hasta que corrieron la cortina, lo cual fué despues de cuatro horas de espera.

» Entónces principió un drama como jamas se habia oído decir, como jamas hubiéramos sospechado ni siquiera en sueños. Primeramente salió un mancebo, majo, de bellos modales, buen hablador, enamorado como conviene; de todo habla y sobre todo de su amo, critica, intriga, nada respeta, ni tampoco la querida de aquel; desvergonzado, pozo de sutilezas, charla mucho para no decir nada; libertino, jovial, se atreve á todo, dispuesto á todo...; poeta, orador, diplomático, se burla de la justicia; antiguo periodista y albéitar, músico y peluquero, desenfrenado político, siempre está saltando, riendo, zangoloteando las piernas: es el héroe del drama. En todo aquello mi señora madre nada entendia.

» Luego venia un gran señor, Español hidalgo, bellissimo caballero, elegante, bien hecho, afable, un pequeño filósofo, bien puesto, excelente dueño de una excelente torre donde tenia el derecho de alta justicia, y á no ser por passion, no abusaba de ella; en la corte era un buen caballero. Y cabalmente de este buen amo moteja su servidor que le ataca, se le echa encima, le empuja, le confunde, le aniquila: el servidor llega hasta disputarle una camarista, y no repara en disputarle la condesa. ¿Y qué? al oír aquel impertinente, ¡no habéis tenido mas que el trabajo de nacer ilustrísimo! El trabajo de nacer!... ¡qué frase, qué sentido contrario para una señora de tres costados como mi madre, princesa de Wolfenbuttel!

» En esto mi madre se salió de sí. ¡Y qué, y qué! ¡Finalmente la camarista lo cuenta todo á su futuro esposo! Vasalla poco civil, astuta

bribona, tan fácil en apariencia; elegante como una señora, desenvuelta, charlatana, perdida de amor y sin ocultarlo. ¡Qué costumbres en casa de un grande de España, de un caballero del Toison de Oro! ¡qué casa! ¡y cómo está gobernada! Mi madre no podia recobrar sus fuerzas.

» Pero ¡cómo se puso, cuando, en medio de la intriga, vió llegar una cara toda negra, con vestido largo y sombrero con grandes orillas, y recorvaduras blancas, ojos cóncavos, aire estúpido, postura chabacana, sonrisa maligna, paso hipócrita! No le falta nada, y tal cual... cortesano á todas horas, remedador de las sutilezas del amo, obsequioso con la dueña, siervo de los siervos de la casa, adulador cuanto cabe, guarda de la perrita... sí, él, tal que, y enredado en una intriga de amor.

» Ahora todas estas pasiones... confusas, mezcladas, agolpadas unas con otras, vienen á parar en el desenlace mas inmoral, mas interesante, mas antisocial, que ninguna sociedad se haya atrevido jamas á concebir, ejecutar, y producir en presencia de una asamblea tan considerable. Tal era aquel drama infernal.

» En aquella pieza se derribaba todo el edificio social, se veian todas las virtudes domésticas expuestas á ser atrocemente ridiculizadas; el servidor engaña al amo, el marido engaña á la mujer y la mujer al marido; una mujer es madre sin estar casada, un padre tiene un hijo que reconocer, la madre quiere casarse con su mismo hijo, el hijo insulta á la madre; se vende el juez, el villano habla, la muchacha dice requiebros; el criado es libertino ántes de tener la ciencia del bien y del mal; todos se meten á platicar, todos se ríen de los derechos y deberes; allí se va á tiéntas, se dan codazos, se tutean, se cogen unos á otros á la aventura por ser de noche; es una noche oscura, gabinetes oscuros, padres crédulos, siervos trapaceros; es la intriga del siglo, es el poder del siglo; son las mujeres, las costumbres, el amor, el espíritu del siglo. En una palabra, ¡es la comedia antigua, con sus servidores, ministros de intrigas! ahora los servidores han tomado la superioridad; ellos son los que tienen pasiones, que hacen las intrigas; que aman, que se casan; ellos son absolutamente los amos, y si conservan la librea, no es mas que por mera vanidad.

» Aplaudian tan extraño espectáculo ciudadanos y cortesanos; el pueblo, oyente activo y apasionado, reventaba de risa al ver las burlas que se daban á aquel gran señor; no cabia en sí al ver finalmente salir al teatro, no ya al avaro, al hipócrita, al misántropo, no ya lo ridiculo ni viejos y ruines andrajos, sino la fuerza y el poder. Habia hecho la comedia un singular adelanto; las estaba pegando al trono, á las creencias, á la fuerza; destrozaba cetros y coronas, las daba con el ariete á las fortalezas, marcaba sus víctimas en la frente con hierro rojo; era una lucha, enteramente en favor de las pasiones y conmociones populares; era una perpétua adulacion del poder con perjuicio del

rico, del débil con perjuicio del poderoso; la parte principal era para el pueblo, y el traje de la corte se eclipsaba en presencia del traje vulgar; el pueblo aplaudia á mas no poder, y su alegría era serena lo mismo que el semblante de un magistrado que ejerce la justicia. Grandes reflexiones hubiera podido hacer la gente del patio; pero en aquellos dias no se sabia reflexionar.

» En aquel entónces las mujeres no vendian mas que el amor, y como echaban de ver que les amagaba el fin de los tiempos, se apresuraban á amar, lo mismo que la corte á mandar, los mosqueteros á pelear, el gobierno á perder el juicio, el poeta á hacer versos. Solo el pueblo tenia paciencia, y conocia el motivo, aun en medio de aquella confusion; y se decia en voz baja como Figaro: ¿Y yo, por vida de brios?

» Á los grandes señores, vivamente escamados, se les ocurrió sonreirse, y creyeron ser cosa acertada no sentir el suplicio. La corte se deleitaba con aquel espectáculo, por vanidad; se reía á carcajada suelta del conde Almaviva, hombre de mas talento, mas agrado y mas finura que todos los de la corte...

» No podré dar aquí una idea de la indignacion y del asombro de mi señora madre. Asistió á la representacion lo mismo que si la oprimiera un horroroso peso; sin aliento, enojada, regañando, echando mil exclamaciones y suspiros. Á cada instante estaba para gritar: *Fuego ó ladrones*, pero la contenia el miedo. Estuvo mucho tiempo con la confianza de que habria una reaccion para tan grande infamia, un castigo para tales fechorías; mucho tiempo estuvo invocando el espectro que se lleva á Don Juan al infierno. No compareció el espectro, y concluyó tranquilamente la comedia con un matrimonio. Mi pobre señora madre se tapó la cara con sus manos. Estaba pensando en sí misma lo que diria Alemania, si llegara Alemania á saber que habia ido á ver semejante representacion, en palco abierto, y con su hijo. Luego se ponía á mirarme, ruborizada, y con un inexplicable tinte de disgusto y compuncion, cual si dijera: *Perdóname...* Al volvernos á casa despidió al intendente que no halló bastante respetuoso, sin que le sirvieran de mérito ni sus cuatro lustros, ni su celo por los oficios secretos. Á mí solamente me dijo: *Lo contaré á la reina; mañana tiene que saberlo todo la reina.* Y por cierto que soy de parecer que jamas hubo terror mas justo que el terror de mi señora madre, ahora que lo estoy pensando.

Con efecto, pudo aquella representacion llamarse el primero y uno de los mas importantes actos de la Revolucion. Despues que se hubo repetido sesenta y cuatro veces, Beaumarchais fué preso y encerrado en el establecimiento de correccion destinado á los muchachos díscolos: castigo insulto para un delito triunfante. Poco despues su produccion era representada en el Trianon, haciendo Maria Antonieta de Rosina, y de Figaro el futuro Carlos X.

Con semejantes debilidades trataba el gobierno de oponerse á la irrupcion de libros. La censura podia impedir que se imprimiese una obra, pero no que se introdujesen las extranjeras: ahora bien, ninguna traba tenian las producciones del ingenio en Inglaterra; en Prusia podian atacarse libremente la religion y el sistema de los demas gobiernos (1); libre era la enseñanza en Holanda, y desde allí los calvinistas franceses refugiados difundian el odio contra sus perseguidores; por último, en Ginebra se añadia á todo esto el ejemplo de una constitucion republicana. Si en Francia se decretaba que un libro fuese quemado ó rasgado por el verdugo, esta publicidad del castigo aguzaba el deseo de leerlo; bastaba que una obra estuviese prohibida para que se la viese en todas partes; y por solo estar prohibidos se leian libros pesadísimos, como la *Filosofía de la naturaleza*, ó absurdos como el *Espíritu de Helvecio*.

Ejerciase la censura por la Sorbona, por el rey y por el parlamento, que discordaban en principios, y por consiguiente en resoluciones. La imprenta real publicó los *Concilios* del padre Hardouin, y el parlamento hizo secuestrar la obra: este toleró el *Belisario* de Marmontel, y la Sorbona lo condenó sin mas delito que el de haber expuesto ligeramente algunas ideas entónces universales: el parlamento nada encontró que decir contra un misal con la misa del Sagrado Corazon, y el ministro de justicia mandó recoger los ejemplares. En vano Malesherbes decia que « el medio de hacer respetar las prohibiciones era prohibir poco: » las prohibiciones llovian con furia. Freret fué encerrado en la Bastilla porque dijo que los Francos no eran una nacion separada, y que sus primeros jefes habian recibido de los emperadores romanos el título de patricios: el *Espíritu de las leyes*, la *Henriada*, el *Siglo de Luis XIV*, los *Elementos de la filosofía* de Newton, fueron la admiracion de todos miétras estuvo prohibida su introduccion en Francia; á cada paso se imponian condenas á libreros é impresores, y la sociedad aprendia en aquellos decretos que libros debia leer. La clase alta fomentaba la composicion de estas obras que la destruian, y el autor de un libro condenado por el parlamento era convidado á comer por los nobles, y

(1) Cuando Prusia pidió en 1843 « no ser el único pueblo de la Europa civilizada que no tiene derecho á expresar sus pensamientos sino á voluntad de un jefe, » se publicó la siguiente carta del conde de Podewild, secretario intimo de Federico II, al director de policia en Berlin:

« Señor: La majestad de mi rey me ha mandado graciosamente haerros saber que debe dejarse á los periodistas de esta ciudad libertad ilimitada para escribir todo lo que quieran sobre lo que aquí sucede, sin necesidad de censura, porque como su majestad me ha dicho en términos propios, esto le divierte (!!). Los periodistas sin embargo lo harán de tal modo que los ministros extranjeros no puedan quejarse por encontrar en sus escritos cosa que les desagrade. Para que sean interesantes los periódicos, es preciso que no se inter venga en ellos. Esto debe entenderse principalmente de los artículos sobre las cosas de Berlin; en cuanto á las demas potencias cum grano salis y gran circunspeccion. » *Ap. Lestr. Annuaire, 1843, 273.*

para vengarse, sacaba á la vergüenza pública las debilidades y las faltas de los jueces. Por otra parte las intrigas y la proteccion obtenian lo que se habia negado á la justicia. No se habria dejado imprimir una buena crítica del gobierno ó un sabio proyecto, y entretanto circulaban de mano en mano pestíferas suciedades. En 1757 el rey impuso pena de muerte á los autores de escritos que tendiesen á difundir la irreligion, á conmovier los ánimos, á atacar á la autoridad del rey ó turbar el orden público, y el año siguiente Helvecio publicó el *Espiritu*. La *Enciclopedia* fué muchísimas veces prohibida, permitida, vuelta á prohibir, y tolerada de nuevo. La corte, incierta en los principios y vacilante en su aplicacion, ya amenazante, ya seductora, siempre sin fuerza, persiguió á Rousseau, mientras halagó á Hume, tan atrevido como él y mas irreligioso, é hizo que los príncipes niños le recitasen felicitaciones y cumplidos. El primer ejemplar de la obra del Ginebrino De Lolme sobre la constitucion inglesa fué destinado á Luis XVI. Malesherbes dió orden para secuestrar los papeles de Diderot; pero le advirtió de antemano que los ocultase, y como este no supiese dónde esconderlos, los recibió en su propia habitacion. El mismo ministro, siendo director de la censura, hizo cuanto estuvo de su parte para que se imprimiese el *Emilio*, el cual poco despues fué quemado por el verdugo.

Fin
de
Vol-
taire.

Mientras Montesquieu se habia dedicado á buscar la razon y la armonía social de las instituciones, Voltaire puso al descubierto sus abusos, y los opúsculos que escribió sobre materias de hacienda y administracion atrajeron la atencion pública. Despues, cuando la edad amortiguó su genio, se ocupó en el exámen de procesos judiciales, y bastaba su nombre para señalarlos á la curiosidad pública. Establecido en el país de Gex, reveló la opresion fiscal que allí se experimentaba y obtuvo reparacion. Cuando cayó Turgot, le dirigió un homenaje en la *Carta á un hombre*, y sus consideraciones sobre los procesos de Calas, de La Barre, de Sirven y de Lally revelaron cuán lejos estaban de asegurar la libertad las formas carcomidas de aquella magistratura respetada. Aplaudió, pues, cuando el parlamento, único cuerpo á quien temia, fué derribado por aquellos que lo temian; aplaudió la caída de quella única salvaguardia contra las arbitrariedades del trono. Espíritu delicado y fanático al mismo tiempo, cáustico y licencioso, irónico y severo, estudió los gustos frívolos y obscenos de la muchedumbre para lisonjearlos y estimular su maligna curiosidad; dirigióse á los nobles instintos y á las pasiones generosas, mientras las sofocaba bajo las frias cenizas del egoísmo; combatió la injusticia y la hipocresía, siendo él mismo inicuo é hipócrita; rompió las cadenas del pensamiento, al paso que lo encadenó con su propia intolerancia; pero su flexibilidad maravillosa y su universal popularidad fué el tipo mas verdadero de su nacion, ó por mejor decir de su

sociedad; de aquella sociedad, saturada de goces y de elegancia, donde no tan solo la corte, sino tambien la Tencin, la Geoffrin, la Delaunay, proclamaban sus oráculos, daban y quitaban gloria, formaban y descomponian ministerios, admitian y rechazaban bulas.

Voltaire, despues de haber trastornado la Francia y el mundo con las producciones de su fecundo ingenio, hallándose en una vejez muy avanzada, resolvió, mientras aun duraba su gloria, hacer una visita á aquel Paris de donde habia salido desterrado hacia tantos años, que sus contemporáneos admiradores eran para él ya una posteridad.

Luis XVI quiso oponerse á esta visita; pero despues como de costumbre, á instancias del ministro Maurepas, la toleró. « Su vuelta como su desgracia demostró la debilidad del poder. » La opinion filosófica dominaba de tal modo los ánimos, y asustaba hasta tal punto á la autoridad, que se dejó que volviere Voltaire á Paris sin permiso. La corte se negó á recibirlo, y la ciudad pareció que volaba á su encuentro: se le negó un favor vano y se le dejó gozar de un espléndido triunfo....

« Sería preciso haber visto entónces el público entusiasmo, la curiosidad impaciente, el tumultuoso agrupamiento de la turba admiradora para oír, para contemplar, para ver á lo ménos á aquel viejo famoso, contemporáneo de dos siglos, que habia heredado el esplendor del uno y hecho la gloria del otro; sería preciso haberlo visto para formarse una idea de la apoteosis de aquel semidios aun vivo, el cual decia al pueblo con razones al parecer de enternecimiento: *¿Pero me queréis matar de alegría?* Podia decirse que hubo entónces dos córtes en Francia, la del rey en Versalles, en Paris la de Voltaire: la primera, donde el buen Luis vivia modestamente no pensando mas que en reformar abusos y hacer la felicidad de un pueblo demasiado deslumbrado por su esplendor para apreciar sus tranquilas virtudes; la primera, digo, parecia pacífico asilo de un filósofo, al contrario del alojamiento de Voltaire, donde todo el dia se oían el griterío y las aclamaciones de una multitud inmensa, idólatra, que acudia presurosa á tributar sus homenajes al mayor genio de Europa. En aquella casa convertida en palacio regio, sentado entre una especie de concilio de filósofos y escritores de los mas audaces y afamados, tenia Voltaire por corte la flor de todas las clases y de todos los países....

« Verificóse su coronacion en el teatro frances, y no es posible pintar la loca alegría con que el ilustre anciano fué acogido por el público que llenaba todos los bancos, todos los palcos, los corredores, y se apiñaba á todas las puertas. Nunca se manifestó el reconocimiento de una nacion con mas vivos trasportes. El actor Brizard le puso una guirnalda de laurel en la cabeza, y cuando Voltaire quiso quitár-

« sela, los gritos del pueblo lo invitaron á conservarla, mientras por todas partes se repetian entre vivísimas aclamaciones los títulos y nombres de todas sus obras.... Durante mucho tiempo despues de alzado el telon fué imposible comenar la representacion, no cuidándose los espectadores de otra cosa mas que de ver, de contemplar á Voltaire, de dirigirle ruidosos homenajes (1). » No disfrutó el filósofo por mucho tiempo de aquel tumulto de júbilo, pues á los pocos dias murió, pero lejos de morir con él las ideas que habia propagado, adquirieron aquella sancion que dan el tiempo y el sepulcro.

Este triste espectáculo de un gobierno endeble, obligado á obedecer á una opinion pública prepotente, se renovó cuando Luis se vió lanzado contra su voluntad á sostener la independencia americana. Franklin, que no habia sido recibido en la corte, gozaba de mas esplendor que los reyes, y los pensadores que huían de estos reverenciaban á aquel físico de costumbres patriarcales. El gabinete, siempre reducido á dejarse llevar á remolque, no se atrevia á aceptar la alianza americana; pero ya La Fayette habia proclamado la cruzada á nombre de la libertad y marchado á derramar por ella la noble sangre. Los jóvenes, futuras columnas de la aristocracia francesa, corrieron á combatir por la destruccion de aquellos privilegios que en su patria continuaban inconcusos, y á impregnarse de principios de igualdad y de odio contra todo despotismo de reyes, de ministros, de sacerdotes.

« Esta libertad, dice tambien Segur, se nos presentaba con todos los atractivos de la gloria, y mientras los hombres maduros y los partidarios de la filosofía no veían en tal contienda mas que una ocasion propicia para propagar sus doctrinas, para poner limites al poder arbitrario y dar libertad á Francia haciendo que los pueblos recobrasen derechos que ellos creían imprescriptibles, nosotros mas jóvenes, mas ligeros, mas entusiastas, no nos alistáramos bajo las banderas de la filosofía sino con la esperanza de guerrear, de señalarnos, de adquirir honores y grados: en suma, nos mostráramos filósofos porque así podíamos ser paladines. Luego sucedió naturalmente, que habiéndonos declarado por humor puramente belicoso partidarios y campeones de la libertad, concluimos por entusiasmarnos de buena fe, y leyendo ávidamente los escritos de entónces que sostenian las nuevas doctrinas, llegamos á ser de ellas celosos sectarios y enemigos de los panegiristas del tiempo antiguo, cuyas preocupaciones, pedantería y costumbres nos parecían ridículas. »

Con tales ideas volyieron de América, y La Fayette, el hombre ménos resuelto del mundo, se presentó en la corte con las insignias ame-

(1) Segur.

ricanas, y llevando en el cinturón figurado un árbol de la libertad sobre una corona y un cetro hechos pedazos, y diciendo: « Nosotros los republicanos... Nosotros los salvajes... Un rey es un mueble por lo ménos inútil. »

Tanto mas chocante era el contraste que estas ideas formaban con las instituciones, cuanto que el poder se obstinaba en no salir de la senda antigua. En su coronacion, el rey juraba todavia perseguir á los protestantes y condenar á muerte á los duelistas. Mientras los Franceses combatian en América por la democracia, en su país se decretó que no pudiera obtener el grado de capitán el que no probase tener cuatro cuarteles de nobleza, ni ser ascendido á oficial ningun plebeyo. Cuando Boncerf, en los *Inconvenientes de los derechos feudales*, demostró no solo que estos eran contrarios á la razon y á la justicia, sino que el interes mismo de los poseedores los aconsejaba que permitiesen su redencion, é invitó al rey á dar el ejemplo en sus dominios, el parlamento condenó el libro al fuego, y á duras penas logró Turgot salvar al autor de la prision. La filantropía de los filósofos y algunos procesos ruidosos habian puesto de manifiesto los vicios de las formas judiciales, los horrores de las cárceles, el abuso de las reales cédulas de prision, y no se veía un proceso en que no se tocasen estos mismos resortes; sin embargo, el parlamento jamas consintió en dar mayores garantías al acusado. Despues, cuando Mirabeau, que hablaba por experiencia, dió á luz un libro contra las cédulas de prision, haciendo una horrible pintura de las prisiones de Estado en Vincennes, Luis suprimió estas últimas y ¡pobre hombre! las convirtió en granero. ¿Mas qué importaba? El pueblo, admitido á visitarlas, en vez de elogiar la piadosa generosidad del rey, tomó motivo de lo que allí veía para imaginarse aun mas horribles los encierros de la Bastilla.

No habia, pues, tiranía en Francia, sino antes bien una excesiva lenidad; no solamente no se rechazaban las nuevas ideas, sino que se llamaba á ocupar las sillas ministeriales á hechuras de la filosofía, si bien despues no se tenia energía para conservarlas ni para combatir las preocupaciones. Una fiebre de innovaciones habia invadido los ánimos anhelosos de ocupacion, de movimiento, de vigor, deseosos de ejercer sus facultades, conmovidos profundamente por la vaga intranquilidad del que se encuentra mal y no conoce cómo ponerse mejor. Los políticos, considerando al hombre como una máquina, querian darle la perfeccion de que una máquina es susceptible, y dársela con la resolucion con que se obra sobre la materia. Los filántropos remediaban algunos males; pero el pueblo no queria limosnas, sino justicia, y el entusiasmo de la Francia, efímero, pero poderoso, proclamaba teorías extremadas, porque no se habian discutido ni aplicado, pero lisonjeras, y que con el anhelo de la demolicion hallaban eco en toda Europa.

Pero ni estos males ni sus remedios estaban

solamente en la Francia; así como en el siglo anterior Luis XIV y su corte habían dado la norma al mundo, así también la daban en el de que tratamos la Francia y sus opiniones; y para que más evidentemente apareciese que el predominio no pertenecía ya á la fuerza, sino á la opinión, estaba aquel reino dirigido por un rey débil, mientras al rededor figuraban reyes vigorosos.

Las ideas de los enciclopedistas se propagaron por todas partes á favor de su idioma, ya universal y de una facilidad halagadora; todos buscaban la aprobacion de aquellos halagando sus opiniones; la igualdad de los hombres, la soberanía del pueblo, la negacion de todo derecho anterior y superior á las convenciones sociales, la inutilidad de los clérigos, se habían convertido en axiomas, y la guerra literaria y filosófica había preparado la batalla política.

Triste política

Fué grande estímulo para esta la sacudida que sufrieron las ideas de lo justo á impulso de la asquerosa política de aquel tiempo. La paz de Westfalia, tregua indefinida á tanta mortandad, recompuso la Europa sobre la base de un derecho provisional, según el cual los reyes, declarándose señores feudales de sus respectivos países, pero sin reconocer superior, establecieron la legitimidad de las dinastías como doctrina social, y el equilibrio como cánón diplomático. Por algún tiempo la política buscó su apoyo en los principios tradicionales, en las costumbres patrias, en una palabra, en bases morales, aun después de destrozadas las religiosas; pero en el siglo XVIII se convirtió en mercado de hombres; renegando de todo respeto á las tradiciones, substituyó el interés al derecho, las ambiciones dinásticas á la utilidad pública, y no tomando más que la fuerza material por norma, por fin el caprichoso complemento del territorio, y por medios el dinero y la fuerza bruta, fué considerado superior el que era más fuerte en vasallos y en ejército. ¿Qué idea grande, qué objeto elevado se nos presenta al considerar el movimiento político europeo de aquel siglo? Alianzas formadas ó disueltas por el capricho de reyes, de ministros, de favoritos; enemigos encarnizados coligándose entre sí para hostilizar á sus naturales amigos; convertido en interés europeo el deseo de proveer de coronas á los hijos de una mujer intrigante; diplomacia sofisticada; egoísmo de gabinetes; pactos de familia; espíritu mercantil que prescindiendo de toda elevación de miras, anteponía las ventajas del comercio, de una casa, ó de una persona al bienestar y tranquilidad de Europa: tal es el espectáculo que ofrecen los acontecimientos de aquella época.

El equilibrio, sueño de aquellos políticos, hubiera podido restablecerse cuando la guerra de Sucesión española; pero se llevó á cabo en provecho solo de los reyes, á la manera que se transige en un pleito de herencia. La guerra de Sucesión austríaca puso de manifiesto los vicios

de aquel derecho público, y los reyes, despreciando la fe jurada y los pactos concluidos con Carlos VI, atacaron su herencia como cosa sin dueño, y al repartirla no tuvieron presente el derecho positivo de los pueblos, sino la conveniencia de los reyes. Desde entonces no hubo más política que la de conveniencia: María Teresa espiaba las ocasiones de recobrar lo que había cedido á Prusia. Así como Carlos VI había prometido primero amnistia á los Corsos y luego los había entregado á sus enemigos, del mismo modo la Prusia invadió en plena paz la capital de Sajonia; y la Inglaterra antes de declarar las hostilidades apresó la escuadra francesa y ensangrentó el Canadá. Luis XV compró la Córcega; prohibióse á Carlos VI y á José II abrir de nuevo el Escalda, comerciar en Oriente y dar paso á los Franceses por el territorio del imperio: aliábanse los reyes para intervenir en países extraños y sostener gobiernos impuestos por ellos á pueblos extranjeros, como hicieron Prusia é Inglaterra con Holanda, y se ocultaban lo posible las declaraciones de guerra para hacer sorpresas con toda seguridad, ó las de paz para completar las devastaciones.

Las mudanzas introducidas en la organización del ejército habían debilitado los pequeños Estados, sostenedores del derecho internacional, y los grandes creyeron poderlo todo porque estaban de acuerdo entre sí. Cuatro potencias casi iguales y bastante fuertes para aspirar cada una de por sí á ocupar el primer lugar, se propusieron como supremo objeto extender en lo posible las fuerzas materiales del Estado, y el ejército vino á ser la última razón de los reyes. Para mantenerlo, ningún esfuerzo parecía excesivo, aunque fuese superior á los que en otro tiempo se habían hecho para sostener el honor, la fe, la justicia ó la opinión pública. La guerra habiendo llegado á la exageración, debió depender enteramente de la hacienda, y así era más vigorosa cuando faltaban recursos, y se reanimaba tan pronto como se ponía el Erario en estado de sufrir nuevas sangrías. También los Estados pequeños se vieron obligados á hacer esfuerzos monstruosos para tener mucha gente sobre las armas, y en su consecuencia se tomaron del extranjero tropas auxiliares, se apeló en lo interior á todo género de extorsiones, conculcando las libertades y los privilegios tradicionales, y calculándose el número de los soldados, no el valor ó la voluntad; la fuerza material de los batallones, no lo que no admite medida alguna, es decir, la fuerza intelectual y moral. Pero así el ejército se interpuso como una barrera entre las naciones y los reyes, y derrotado este, ¿qué otra cosa quedaba? A esta pregunta responden terminantemente las fáciles conquistas de la Revolución.

Merced á los filosofistas, no existían ya aquellos que llama Botta « tiempos deplorables en » que las promesas ó las amenazas de la vida » futura dirigían el movimiento de la máquina

Irregular

social (1). » Escribíanse los tratados con estudiada ambigüedad, y se prolongaban las negociaciones para esquivar en lo posible las satisfacciones debidas y proseguir las devastaciones comenzadas. Después estos mismos tratados no eran respetados sino mientras no costaba el cumplirlos sacrificio alguno. Las guerras concluían por inacción como que carecían de objeto elevado; y se calculaba el equilibrio, no con arreglo á las grandes leyes de justicia, sino por peso y medida. No se trataba ya sino de robustecer el poder real, considerando los Estados como una propiedad tomada en arrendamiento, y á los pueblos como braceros; y así aniquiladas las libertades y franquicias, no quedó otro poder subsistente sino el de los monarcas, ni más virtud que la obediencia. Federico II consideraba el Estado como una máquina y redujo la felicidad del hombre al bienestar exterior; Luis XV, encenagado en groseros deleites, insultaba la decencia y la moral; en Inglaterra Walpole introdujo como sistema de gobierno la corrupción, substituyendo la codicia y el egoísmo á los sentimientos profundos y generosos de la fe y del amor patrio, y un ministro exclamaba: ¿Qué sería de Inglaterra si siempre debiese ser justa con Francia? Por otra parte en Portugal se insultaba al buen sentido con procesos absurdos y ejecuciones atroces; José II atentó contra la nacionalidad de Baviera, y se destruyó la de Polonia, es decir, que los mismos reyes minaron por su base el derecho de legitimidad que habían establecido.

Los principillos de Alemania se habían empeñado en remedar la corte de Luis XIV. De vuelta de sus acostumbrados viajes á Italia, llevaban consigo cada uno un harem, y todo se volvían festejos, amores, poesía, espectáculos, trajes nuevos, ostentación de magnificencia y cacerías en parques formados de bosques enteros: lujo de imitación que en vez de ser origen de urbanidad lo era de vicios, y que quitaba á la culpa el freno de la vergüenza. Conocidos son los locos dispendios de Federico Augusto, elector de Sajonia, que despilfarró en queridas veinticinco millones de francos, y en el campo de Mühlberg dispuso una comida de treinta días, á la que convidó á cuarenta y siete monarcas. A estas puerilidades ruinosas se agregaban las intrigas y las rivalidades de aquel feudalismo enervado y el afanarse por un título, por una distinción, por ascender un grado más en la jerarquía. En los príncipes obispos se unía á todo esto el escándalo, y en las órdenes militares religiosas el voto de castidad no era sino un sacrilegio más.

Al prescindir los reyes de la moralidad se engañaron aun respecto de su conveniencia. Un pequeño feudo de la Polonia había ido creciendo con agregaciones heterogéneas sin más lazo entre sí que la administración, y secularizándose en tiempo de la Reforma, se colocó entre las

(1) Libro 17.

potencias de segundo orden. Pero pronto con las armas se hizo aliado precioso para las grandes potencias, y se convirtió en centro de los sentimientos nacionales y protestantes de Alemania; de modo que en la guerra de Siete Años la mitad de los territorios alemanes se desprendió del imperio, cuya constitución quedó por tanto destruida, si bien la política prusiana no se atrevió á completar la segregación. Un Bárbaro, á quien en el tratado de Westfalia se negó hasta el título de alteza, tomó á la Suecia el territorio para fabricarse una capital, á la Turquía un mar para construirse un puerto, y á la Polonia provincias para comunicarse con Europa, á la cual en breve impuso la ley. La Polonia había quedado como barrera contra el y contra el Turco, y las potencias la abatieron. Tarde echaron de ver los partícipes en la división que se acercaba amenazadora aquella Rusia, que se había adelantado hasta el corazón de Europa, aquella nación salvaje, pero con ciudades bien ordenadas, tradiciones y artes. Por lo demás el ejemplo inmoral que se había dado debía producir sus frutos.

Los príncipes sintiéndose fuertes, trastornaron aquel equilibrio que proclamaban como principio supremo. Inglaterra sobrepujaba á todas las naciones en riqueza y comercio, y alzaba su figura gigantesca entre las tempestades del continente, desencadenándolas por medio del dinero, y guardando rencor á Francia por causa de la guerra de América. La Rusia por su parte destruyó el equilibrio y ansiaba un rompimiento para apoderarse de la Finlandia y la Turquía. Italia estaba abierta á quien quería penetrar en ella, porque carecía de voluntad; el Piamonte no podía contrarrestar á ninguna de las dos potencias preponderantes, no bastando para destruir la influencia francesa ni hallándose tampoco defendido contra Austria, y así anhelaba la posesión del Milanesado y del Genovesado, al paso que Austria no podía relacionarse directamente con sus territorios italianos sino al través del de Venecia y los Grisonos, por lo cual codiciaba la posesión de entrambos. Esta potencia, engrandecida á pesar de sus pérdidas, abandonó su principio conservador para hacerse invasora, pues tenía vecinos en todas partes y fronteras en ninguna, contando por enemigas á Italia á causa de la Lombardía, y á Francia á causa de la Bélgica. También procuró conservar con cuidado el gravoso honor de dirigir el imperio, máquina carcomida, siempre agitada y que sin embargo no funcionaba jamás. La Prusia, que había adquirido proporciones gigantescas, perdió el vigor á la muerte de Federico II. Entre las potencias menores, España no conservaba de lo antiguo más que la Inquisición y era una colonia francesa, como Portugal colonia inglesa, ambas impotentes por sí mismas; las repúblicas estaban agitadas por las convulsiones de los partidos; la Turquía y la Polonia destrozadas por las de la anarquía. Había, pues, en Europa un malestar universal; notábase esa